

〈特集：国際シンポジウム「メキシコの歴史と現在を考える」〉

El establecimiento de la nación independiente, 1821 – 1848

Josefina Zoraida Vázquez

El territorio del Imperio Mexicano llegó a tener 4 millones y medio de km², con grandes riquezas pero con una población escasa de 6 y medio millones, distribuida desigualmente. La población era heterogénea, en su origen racial contrastante socialmente. La composición racial de la población comprendía un millón de criollos (30,000 españoles); 3 y medio millones de indígenas y millón y medio de castas. Con las leyes de expulsión, los criollos monopolizaron los niveles superiores de esa sociedad, compartida con algunos mestizos e indígenas. En su mayoría la población era rural y muy diseminada, con 30 ciudades y un centenar de villas. Su capital contaba con 150,000 habitantes y llegarían a 200,000 para mediados de siglo, era seguida por Puebla con 68,000, Guanajuato con 41,000, las que contrastaban con los 9,000 habitantes de Taos, la más poblada del lejano norte. Eventos políticos y guerras extranjeras redujeron el territorio: en 1823 Guatemala se separó; en 1836 Texas se independizó; en la guerra con Estados Unidos, el norte fue conquistado y se perdieron en 1848, Nuevo México y Alta California y en 1853, se vendió la Mesilla. Cambiaron también los estados, pues Sinaloa se separó de Sonora en 1823, Aguascalientes de Zacatecas en 1835 y Guerrero de México en 1848.

El Imperio Mexicano

El 27 de septiembre de 1821 se hacía el milagro: los enemigos de once años, unidos, entraban a una Ciudad de México engalanada y jubilosa. Los festejos disimulaban las contradicciones de la unión, pues los anhelos de realistas e insurgentes eran diferentes; a los primeros les bastaba la independencia para recuperar el brillo novohispano, pero para los insurgentes lo importante era la igualdad que sería obstaculizada por la unión ofrecida por Agustín de Iturbide. Todos confiaron en que la prosperidad se recuperaría a pesar del terrible legado que había dejado la guerra: el país estaba destrozado, desarticulada la administración y el cobro de impuestos, una deuda de 45 millones de pesos, 600,000 muertos, minas y haciendas abandonadas y caminos infestados de bandidos. Es decir, la realidad contrastara con el optimismo general con que se fundaba un *Imperio*.

El mismo 27 se firmó un Acta de Declaración de Independencia y se nombró una Junta Provisional Gubernativa que, a su vez, eligió una Regencia de 5 miembros, presidida por Iturbide. En medio de apuros financieros, la Regencia convocó elecciones para el Congreso que redactaría la Constitución del Imperio. Los problemas no opacaron las esperanzas, que con alegría recibió la anexión de la Capitanía de Guatemala al Imperio. Pero poco antes de

que se inaugurara el Congreso Constituyente en febrero, llegó la noticia de que las Cortes y Fernando VII no reconocían el Tratado firmado por Juan O'Donojú. Esto se traducía como una amenaza de reconquista. La noticia dio lugar a facciones en el Congreso, lo que unido a su falta de experiencia política se distrajo en cuestiones menores, sin ocuparse del urgente arreglo de la hacienda pública y la redacción de la Constitución.

La falta de recursos y los desacuerdos provocaron fricciones entre el Congreso e Iturbide, quien llegó a amenazar con la renuncia. El rumor de que el Congreso reduciría al ejército, llevó al regimiento al mando del sargento Pío Marcha a iniciar un motín la noche del 18 de mayo de 1822 al grito de ¡Viva Agustín I, emperador de México! El populacho y los soldados exigieron al Congreso que se reuniera y en medio de una gritería, Valentín Gómez Farías, a nombre de un grupo de diputados, leyó la propuesta de coronar a Iturbide como emperador, aprobada por una votación de 67 contra 15.

La coronación se hizo hasta el 21 de julio y la pompa estuvo limitada por la escasez de recursos, mientras los enfrentamientos entre Iturbide y el Congreso se agravaban con la llegada de Servando Teresa de Mier, republicano que, apoyado por las logias masónicas empezó a conspirar contra el Emperador. En realidad, Iturbide contó con mayores facultades como Regente que como Emperador. La ineficiencia del Congreso para resolver los problemas, hizo que muchos diputados le aconsejaran disolver al Congreso, lo que Iturbide hizo el 21 de octubre. Éste fue sustituido por una Junta Nacional Instituyente, formada con algunos de los diputados, pero el descontento estalló en las provincias, resentidas por los intentos centralistas del Emperador y la imposición de préstamos forzosos, para obtener recursos para pago de salarios. Este malestar fue aprovechado por Antonio López de Santa Anna para pronunciarse el 2 de diciembre de 1822. El Emperador envió tropas a someter a Santa Anna, pero instigadas por las logias masónicas se pronunciaron con el Plan de Casa Mata, exigiendo *la elección de un nuevo Congreso*, lo que hizo a todas las diputaciones provinciales y ayuntamientos, aprobarlo y adherirse. Esto condujo a que a principios de marzo de 1823, Iturbide reinstalara el Congreso que había disuelto, abdicara la Corona el 22 y se exiliara.

La primera república federal

El Congreso se negó a convocar uno nuevo y después de desconocer el Imperio que lo había aprobado, nombró un Supremo Poder Ejecutivo formado por tres generales, Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo y Pedro Celestino Negrete, al que las provincias le negaron obediencia. El territorio pareció fragmentarse, al declararse cuatro *estados libres y soberanos*. Por fortuna, el movimiento federalista salvó la unidad, a excepción de Guatemala que decidió separarse. El Congreso se vio forzado a convocar la elección de uno nuevo más representativo que se reunió en noviembre de 1823, lo que permitió que redactaran el Acta Constitutiva (enero de 1824) y la Constitución de 1824, que establecía la república

representativa, popular y federal formada por 19 estados, 4 territorios y un Distrito Federal. La Constitución, jurada en octubre, garantizaba la católica como religión de Estado y un gobierno dividido en tres poderes con el legislativo como poder dominante. Un presidente y un vicepresidente se harían cargo del ejecutivo, elegidos por las legislaturas estatales, mientras el judicial lo desempeñarían los tribunales y una Suprema Corte de Justicia. El sistema electoral durante todo el siglo XIX sería indirecto, aunque en el primer nivel votaban casi todos los hombres mayores de edad por electores. El *federalismo mexicano fue más radical que el de Estados Unidos*, pues el *gobierno federal no tuvo facultades fiscales* sobre la población, quedando dependiente de una cantidad que iban a pagar los estados más el producto de las Aduanas, lo que lo condenó a una gran debilidad. Antes de inaugurarse el primer gobierno, México se había enlutado con el fusilamiento de Iturbide ya que el Congreso había aprobado una ley que lo declaraba fuera de la ley si tocaba territorio mexicano. Iturbide sin conocerla, desembarcó en Soto la Marina y la legislatura de Tamaulipas lo declaró traidor, sin tomar en cuenta sus inapreciables servicios a la independencia.

La nueva república enfrentó también la falta total de recursos, la necesidad de reconocimiento de las potencias y del Vaticano y las ambiciones del ejército que se sintió con derecho a expresar *la voluntad nacional en pronunciamientos*. Por de pronto, fue indispensable conseguir el reconocimiento de Gran Bretaña que, como principal potencia económica y política, podía mediar con España y otorgar el préstamo requerido.

Hasta 1825, sólo habían reconocido la independencia Perú, Colombia, Chile y Estados Unidos, cuyo primer ministro plenipotenciario, Joel R. Poinsett llegó en 1825. La especulación de los banqueros ingleses hizo que los préstamos se adelantaran al reconocimiento inglés y se concedieran en 1824. Al año siguiente, el ministro George Canning extendió el reconocimiento y en 1826 se firmó el Tratado de Amistad y Comercio con Gran Bretaña, país que dominó el comercio exterior y fue considerado como principal aliado.

Los préstamos ingleses permitieron que el primer presidente Guadalupe Victoria pudiera funcionar durante dos años en paz, pues la economía del país y el cobro de impuestos no lograron regularizarse, mientras el contrabando se había generalizado. Esto impidió al gobierno pudo pagar los intereses de los préstamos lo que reanudó la escasez de recursos. La libertad de comercio terminó con la industria incipiente mexicana, pues los textiles ingleses eran más baratos. La falta de comunicaciones, la inseguridad, el costo de la arriería y la falta de un banco y de moneda flexible, obstaculizaron el comercio. Iturbide había introducido el papel moneda pero el Congreso lo suprimido a su caída.

En 1825 se fundó una nueva logia masónica, la yorkina, que no tardó en chocar con la escocesa, introducida por las tropas españolas en 1814. Los problemas empezaron a presentarse en 1827 con la conspiración del padre Arenas, que pretendía restablecer el dominio español en México. Denunciado, fue juzgado y fusilado con los complicados,

desató un movimiento para expulsar a los españoles, mismo que fue tomado como bandera por los yorkinos, generando enfrentamientos con los escoceses, paralizando el funcionamiento del Congreso. Al agravarse la situación, el vicepresidente, Nicolás Bravo se pronunció con un plan que pedía la abolición de las logias, la expulsión del ministro Poinsett por su intervención en la política mexicana y la aplicación de las leyes. Derrotado por Guerrero, Bravo fue exiliado, sin que cesara la crisis de la república, afectando la sucesión presidencial.

Para 1828 al realizarse las elecciones para ejecutivo, no se respetaron los votos de las legislaturas, pues los yorkinos radicales se pronunciaron contra Manuel Gómez Pedraza quien obtuvo el mayor número de votos y exigieron reconocer al perdedor Vicente Guerrero y a Anastasio Bustamante como vicepresidente. Después una serie de disturbios y el saqueo del Parián, edificio que amparaba las tiendas de lujo, Pedraza renunció y el Congreso, sin autoridad, reconoció a Guerrero, quien juró el cargo en abril de 1829. El gobierno enfrentaba una situación delicada, pues el país estaba amenazado de reconquista, carente totalmente de recursos y además proceder a expulsar a españoles ricos que se llevaban sus fondos y pobres que tenían familias mexicanas. Para solucionar el problema financiero se decretaron impuestos sobre las propiedades y préstamos forzosos a los estados. Gracias a las fiebres tropicales y las tropas de los generales Mier y Terán y Santa Anna se pudo derrotar a las tropas encabezadas por Isidro Barradas, quien erróneamente creía que los mexicanos ansiaban volver a la dependencia de España. De todas maneras, en medio de un descontento general, el ejército desconoció a Guerrero y apoyó al vicepresidente Bustamante para ocupar el ejecutivo.

El nuevo gobierno deseaba establecer el orden para favorecer la economía. El ministro Lucas Alamán logró poner en orden la hacienda pública, normalizar el pago de la deuda británica y tomar medidas para favorecer la industrialización, la agricultura y la ganadería. Para terminar con los movimientos rebeldes, se gobernó con mano dura y aquellos que se levantaron en armas, fueron fusilados sin ninguna consideración. El propio Guerrero, apresado mediante traición, fue juzgado y condenado por un tribunal de guerra y fusilado en Cuilapa el 14 de febrero de 1831, con lo que la patria se enlutaba con la sangre de un héroe. El malestar en los estados se volvió a presentar, temerosos de un posible centralismo, pero esperaban que se volviera a la legalidad en las elecciones de 1832, en las que favorecían la candidatura de Mier y Terán, frente a candidatos como Bravo y Alamán.

Santa Anna que no era mencionado como candidato, lo que lo llevó a aprovechar el descontento para pronunciarse en enero de 1832. La lucha se extendió por todo el país, lo que arruinó definitivamente a la hacienda pública, de manera que el gobierno quedó definitivamente a merced de los préstamos de los usureros para poder funcionar. Mier desilusionado y temeroso de la pérdida de Texas, se suicidó en julio. Los estados que desconfiaban de Santa Anna, exigieron que Gómez Pedraza regresara y terminara el periodo para el que había sido electo, lo que hizo en diciembre a abril de 1834.

En las elecciones de 1833 resultaron electos Santa Anna como presidente y Valentín Gómez Farías como vicepresidente. Santa Anna dejó el ejecutivo en manos de Farías durante casi todo un año, pues estalló el movimiento de religión y fueros, provocado por la violación de votos y venta de bienes del clero en algunos estados. Esto generó temor en los diputados radicales del Congreso que aprobaron un decreto que desterraba a una lista de ciudadanos que se temía se opusieran a las reformas y, según decía, a todo aquel que estuviera *en el mismo caso*, sin aclarar cual. Santa Anna tardó en vencer a los rebeldes porque se había generalizado en todo el país una epidemia de cólera que hizo grandes estragos en la población. En noviembre el Congreso empezó a promulgar las reformas: supresión de coacción civil para el pago del diezmo y el cumplimiento de los votos monásticos; marginación del clero en la educación superior; clausura de la Universidad; provisión de curatos vacantes, es decir, ejercicio del Real Patronato. La provisión de los curatos provocó la resistencia de los obispos y su destierro, lo que causó alarma popular.

Santa Anna aprobó las reformas con la esperanza de que resolvieran los problemas de la hacienda pública. El Congreso discutió la desamortización de los bienes del clero, pero cuando intentó discutir reformas al ejército, Santa Anna aprovechó el malestar para reasumir el poder y en cuanto lo hizo, suspendió las reformas a excepción de la supresión del diezmo, que tanto favorecía a los hacendados. Por entonces para todos era evidente que el sistema federal no funcionaba, y la mayoría pedía su reforma. El Congreso nacional elegido en 1834 estaba dispuesto a hacerlo y empezó con un decreto que reducía las milicias cívicas, tropas que los estados consideraban como garantía de su autonomía, por lo que tanto Zacatecas como Coahuila y Texas se negaron a obedecer. El gobierno tuvo que someter a Zacatecas mediante un ejército, sin que tuviera que enfrentar a las milicias, pues huyeron. Otro ejército se movió para someter a Coahuila y Texas. El desafío zacatecano y las amenazas texanas de independencia de la provincia, hizo que muchos federalistas moderados, temieran que el federalismo estuviera favoreciendo la desintegración del territorio y se resignaron a establecer el sistema centralista.

Colonización e independencia de Texas

Con la población concentrada en el centro y el sur, con un norte casi deshabitado que colindaba con un país dinámico y expansionista, hizo que las extensas fronteras fueran vulnerables pues se carecía de recursos humanos y materiales para vigilarlas. Así, aventureros, indios desplazados por los norteamericanos y colonos sin tierra entraban y se establecían sin que nadie se los impidiera. Esto convirtió a la colonización en verdadera obsesión desde los últimos años del virreinato. España logró negociar la frontera entre Nueva España y Estados Unidos, a cambio de la cesión de las Floridas en el Tratado Adams-Onís de 1819, pero no llegó a marcar la frontera, de la que sólo existían mapas inexactos. El gobierno español preocupado por sus súbditos de las partes perdidas, les

ofreció la posibilidad de establecerse en Texas. Esta oferta inspiró a Moisés Austin, exsúbdito español, a pedir un permiso para establecerse con 300 familias. La concesión aprobada en 1820, era generosa: 640 acres de tierra para cada colono, jefe de familia, 320 a la esposa, 100 por cada hijo; exención de impuestos por 7 años en todos los artículos que necesitaran importar, a condición de que las familias fueran católicas, no introdujeran esclavos y juraran las leyes españolas. Como muriera Moisés, su hijo Esteban llegó a Texas y como se había consumado la independencia, tuvo que refrendar el permiso, primero con el Imperio y luego con la República. Dado que Estados Unidos vendía la tierra para pagar las deudas del gobierno y en Texas era prácticamente gratis, pues sólo se pagaba el deslinde que hacían los concesionarios y la escrituración al estado, lo que hizo que la afluencia de norteamericanos fuera constante y para 1830 hubieran ya diez angloamericanos por cada mexicano y, por la falta de vigilancia, no eran católicos y habían introducido esclavos. Cuando se conoció el informe del general Manuel Mier y Terán, el gobierno mexicano que estaba preocupado por el interés de Estados Unidos por obtener Texas, promovió una nueva ley de colonización del 6 de abril de 1830 que prohibía la entrada de norteamericanos y ordenaba establecer guarniciones para vigilar las fronteras.

La colonización de angloamericanos con diferente cultura y religión, provocó tensiones, aunque los verdaderos problemas derivaron de la actitud mexicana contra la esclavitud y la apertura de aduanas al vencer los plazos de libre importación. Como la Constitución del estado declaró que nadie nacía esclavo, la esclavitud se convertía en temporal, inquietando a los colonos que la consideraban indispensable para producir algodón. Esta aumentó al declararse abolición total de la esclavitud en México en 1829, a pesar de que se exceptuó a Texas. La nueva ley de colonización de 1830 que la ponía en manos del gobierno nacional y prohibía la entrada de angloamericanos, agudizó la inquietud, lo que condujo a que en 1832 se organizaran dos convenciones en las que se expresaron tendencias separatistas. Se decidió que Austin viajara a México a pedir la separación de Texas de Coahuila, la extensión del periodo de exención de impuestos y la cancelación de la prohibición de entrada de angloamericanos. Austin contaba con amigos en el Congreso radical de 1833 y logró una extensión de tres años y la cancelación de la prohibición de colonos angloamericanos. Santa Anna le prometió que, además, pediría al estado de Coahuila y Texas que hiciera reformas favorables a los colonos, lo que se efectuó en 1834. El estado aprobó el uso del inglés, el juicio por jurado, decretó mayor número de ayuntamientos y el nombramiento de un angloamericano como representante del poder judicial estatal. De todas maneras, la apertura de la aduana al vencerse el nuevo plazo y la reducción de las milicias sirvieron para que los anexionistas empezaran a agitar a los colonos, de manera que la noticia de que se establecería el centralismo, sirvió de pretexto para que los texanos desconocieran al gobierno mexicano en septiembre de 1835 y empezara a cruzar la frontera una avalancha de voluntarios para “luchar por la libertad”.

Santa Anna emprendió la marcha a Texas con un ejército improvisado. La victoria

lo acompañó en las primeras batallas. El 6 de marzo de 1836, los colonos declararon la independencia y nombraron presidente y vicepresidente y redactaron una Constitución esclavista. Santa Anna emprendió la persecución de las autoridades, pero un descuido cometido el 21 de marzo lo hizo caer prisionero en San Jacinto, acudiendo a firmar los Tratados de Velasco que reconocían la independencia de Texas. El general Vicente Filisola recibió sus órdenes de retirar las tropas mexicanas del otro lado del río Bravo, que al obedecer, a pesar de venir de un prisionero, aseguró el éxito texano, pues México no tendría recursos para emprender la reconquista.

Los texanos no sólo enajenaron la tierra que se les había concedido con generosidad y privilegios especiales, sino que reclamaron la frontera hasta el Bravo, cuando Texas llegaba al río Nueces, además de desatar toda una campaña de descrédito contra México, acusándolo de militarismo, centralismo (a pesar de que las primeras concesiones las habían recibido de gobiernos monárquicos centralistas) y falta de tolerancia para su religión, olvidando que habían entrado como católicos. No mencionaron la esclavitud, porque los norteamericanos del norte les hubieran negado su apoyo. El presidente Andrew Jackson que estaba detrás del movimiento, no se atrevió a reconocer la independencia de Texas hasta poco antes de dejar el poder en marzo de 1837.

Se experimentan sistemas centralistas

El Congreso suspendió parte del orden federal en octubre de 1835, mientras se debatía una nueva ley suprema durante más de un año. Las Siete Leyes estuvieron listas a fines de 1836 y fueron recibidas con esperanzas. El centralismo era liberal pero el sistema era complicado. Mantenía la división de poderes, pero creaba uno nuevo, el Poder Conservador de cinco miembros, para vigilar a los otros tres. El ejecutivo, mantenía su debilidad, pero sin vicepresidencia, aunque su duración se extendida a 8 años. Los estados se convertían departamentos, cuyos gobernadores eran nombrados por el presidente de una terna que enviaba por sus juntas departamentales de sólo 7 miembros. Para fortalecer al gobierno nacional se le daba el control de todo el presupuesto de la república. Se estableció el *voto censitario*, es decir, sólo votarían y serían votados los que tuvieran propiedades o capital. La carencia de recursos y las amenazas externas, volvieron a obstaculizar el funcionamiento del nuevo orden constitucional.

Anastasio Bustamante fue electo presidente y aunque era federalista, aceptó el nuevo orden. Tenía esperanza en que la Iglesia le haría un préstamo que le permitiera hacer frente a los gastos administrativos, pero no sucedió. A los pocos días de tomar la presidencia, estalló un movimiento federalista que se extendió por casi todo el norte y al año siguiente, el ministro francés, desde Veracruz lanzaba un ultimátum: México pagaba las reclamaciones de sus nacionales o sus puertos eran bloqueados por la flota francesa. Algunas de las reclamaciones eran injustas, como la de un pastelero que pedía una cantidad

estratosférica por pérdidas en un motín. A fines del 1838 Veracruz fue bombardeada y en un incidente, Santa Anna perdió una pierna, lo que lo rehabilitó ante la opinión pública que olvidó su actuación en Texas. Después de un año bloqueos y bombardeo, con un préstamo México pagó lo exigido para firmar la paz.

Aunque el movimiento del norte se fue controlando, en 1840 se produjo otro en plena capital, dirigido por Gómez Farías. Como al terminar se perdonó a los complicados, sin tomar en cuenta los cuantiosos daños, el descontento con la administración se agudizó y se extendió la certeza de que el centralismo tampoco funcionaba. Surgieron proposiciones para solucionar: el monarquismo con un rey europeo o la dictadura militar. Los militares se ocuparon de hacer un gran escándalo sobre los peligros monárquicos y después, en connivencia con los comerciantes extranjeros promovieron tres pronunciamientos para establecer la dictadura. En octubre de 1841 Antonio López de Santa Anna asumía el ejecutivo, con facultades extraordinarias para gobernar y legislar, mientras se reunía un Congreso que redactara una nueva Constitución. Se eligió un Congreso Constituyente que debatió durante 1842 una nueva constitución, pero como el proyecto era federalista, fue disuelto y sustituido por una Junta de Notables que redactó las Bases Orgánicas en junio de 1843. Éstas mantenían el centralismo, pero concedían mayor representación a las Asambleas Legislativas departamentales que participaban en la elección de los gobernadores y la administración interna. Se eliminó el Poder Conservador y se aumentaron las facultades del ejecutivo. Nuevamente, el problema financiero imposibilitó su funcionamiento, ensombrecido por la inminente guerra con Estados Unidos, que no sólo negociaba la anexión de Texas, sino ponía su mirada en California.

Bajo el orden impuesto por las Bases Orgánicas se eligió presidente a Santa Anna, con un Congreso decidido a exigirle cumplir con la ley, tanto que cuando en 1844, éste intentó disolverlo, lo desaforó y lo exilió, siendo sustituido conforme a la constitución por don José Joaquín de Herrera quien se esforzó por establecer un gobierno honesto, que conciliara a todos los partidos y evitara la guerra. Para esto, Herrera se dio cuenta de que era necesario reconocer la independencia de Texas y evitar que se anexara a Estados Unidos y lo intentó. Pero el país estaba amenazado no sólo por el norte, también por la conspiración española que intentaba establecer una monarquía y otra de federalistas radicales para traer a Santa Anna al poder. Mientras las dos conspiraciones acusaban a Herrera de intentar vender Texas y California, Mariano Paredes y Arrillaga recibía órdenes del gobierno de partir al norte con su división para defender la frontera y, en lugar de obedecer, se dirigió a la capital para asaltar la presidencia.

La nueva dictadura también chocó con la falta de recursos. Confiado en que Gran Bretaña apoyaría a México, en lugar de prepararse para la defensa, combatió a los federalistas. De esa manera, el 8 y 9 de mayo de 1846 los norteamericanos obtenían las primeras victorias sobre el ejército mexicano, lo que desprestigió a Paredes, quien apenas gobernó 7 meses.

Se restablece el federalismo en medio de la guerra con Estados Unidos

Mientras la inestabilidad política había paralizado el crecimiento económico y de la población, el país del norte contaba para 1840 con casi 20 millones de habitantes que contrastaban con los 7 y medio de México. Su dinámica economía y la llegada constante de inmigrantes más las ambiciones de sus gobiernos, convirtió al expansionismo norteamericano en verdadera fiebre, por lo que durante esa década exigía ya California y Nuevo México, Oregón y Canadá. El presidente John Tyler inició las negociaciones para anexar Texas, logrado finalmente en 1845, mientras el candidato a sucederlo, James Polk, declaraba sus intenciones de adquirir California, Nuevo México y Oregón. Polk confiaba en conseguir el territorio sin guerra por compra o soborno a Santa Anna, pero decidido a todo, cuando falló la compra, ordenó al general Zachary Taylor avanzar hacia el río Bravo en enero de 1846, es decir a territorio mexicano o en el peor de los casos territorio en disputa. Después de un incidente entre esas tropas intrusas y las mexicanas, la noticia hizo que declarara la guerra, acusando a México de constantes “insultos” y de haber derramado, en abril de 1846, sangre norteamericana *en territorio norteamericano*, lo cual era falso. Las preparaciones para la guerra estaban listas. Estados Unidos contaba con una flota respetable, un ejército pequeño pero profesional y miles de inmigrantes que podían ser llamados como voluntarios y una *poderosa artillería moderna*. De inmediato se ordenó el bloqueo de los puertos mexicanos y la partida de un ejército hacia Nuevo México y California que, en enero de 1847 había conquistado y anexado esas provincias; otro, rumbo a Chihuahua y uno más que seguiría la ruta de Cortés de Veracruz a México, al mando de Winfield Scott.

México estaba en condiciones desastrosas: sin recursos, sin ejército profesional y con armas obsoletas y, para colmo, dividido por facciones que olvidaban los intereses nacionales. Los federalistas radicales se pronunciaron en agosto de 1846 cuando Paredes salía de la capital para marchar al norte, y restablecieron la Constitución de 1824 y el cambio de gobierno en plena guerra dificultó la organización de la defensa. Algunos estados confundieron las prioridades y en lugar de apoyar al gobierno federal, reservaron sus fuerzas para su propia defensa. Santa Anna llegó antes de terminar el mes, después de aparentar aceptar con un enviado del presidente James Polk que él facilitaría la firma de un Tratado. Esto le permitió cruzar el bloqueo de la flota norteamericana a las costas del Golfo. El 20 de agosto estaba en México y se apresuró a marchar a San Luis para preparar la defensa. Después sería electo presidente, cargo que desempeñaría hasta el 15 de septiembre de 1847.

Una vez iniciada la guerra, el resultado era previsible. Las esperanzas en Gran Bretaña fallaron, pues Polk logró negociar que le cediera parte del Oregón, de manera que México enfrentó solo la guerra y las condiciones contrastantes, aseguraron que las derrotas se sucedieran después de la costosa batalla de la Angostura en febrero de 1847. Para agosto

de 1847 las tropas norteamericanas estaban ya en el valle de México. Un armisticio permitió a los comisionados mexicanos oír al enviado norteamericano, Nicholas Trist, las condiciones para la paz y las consideraron inaceptables. Al reanudarse la lucha, las batallas de Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec abrieron las puertas de la capital al ejército que el 14 de septiembre empezaron a entrar a la ciudad de México, mientras el pueblo intentaba defenderla con un resultado sangriento que no evitó que el 15 ondeara la bandera invasora en Palacio Nacional. Santa Anna, convencido de la imposibilidad de resistir, había ordenado que el ejército saliera a la villa de Guadalupe, donde renunció a la presidencia y ordenó que el gobierno partiera a Querétaro.

Don Manuel de la Peña partió con algunos federalistas moderados a Querétaro, donde consiguió establecer un gobierno que, milagrosamente, logró mantenerse y negociar la paz. En medio de penurias y problemas, se reunieron algunos gobernadores y parte del Congreso y en enero, se pudo negociar la amarga paz. Nuevo México y California que habían sido conquistados, tuvieron que cederse, pero se salvó Baja California y Tehuantepec. El 2 de febrero en la villa de Guadalupe se firmó el Tratado de Guadalupe, enviado de inmediato a Washington. Esto permitió hacer elecciones, siendo elegido Herrera para la presidencia y el Congreso que ratificaría el Tratado en Querétaro en mayo. Hay que insistir que no se vendía el territorio pues había sido conquistado, ya que la indemnización era por daños y el prorrateo que le correspondía a la parte perdida de la deuda exterior.

Retirado el ejército invasor, reorganizar la hacienda pública y el ejército y reanexar a Yucatán que experimentaba un sangriento levantamiento maya. No se logró neutralizar la polarización política, pues las pérdidas de territorio permitieron que las facciones se acusaran unas a otras de ser las culpables. De esta confrontación surgiría el primer partido verdadero, el Conservador en 1849, frente al cual se definiría el Liberal, con sus versiones moderada y radical o pura.

Sociedad y cultura

La población mexicana se caracterizaba por un detestable contraste: mientras el 68% de la población vivía con 50 pesos anuales, el 22% lo hacía entre 50 y 300 y un 19% contaba una riqueza impresionante. Los extranjeros recién llegados acapararon comercio, industria y minería, pero el camino más seguro al enriquecimiento fue hacer préstamos usureros al empobrecido gobierno. Los criollos mantuvieron el dominio de la agricultura e incursionaron en el comercio y en menor escala en la minería. La Iglesia que continuaba siendo rica, pero débil también encerraba un gran contraste. A pesar de que contaba con un capital estancado de 180 millones y 7 y medio millones de renta, lo disfrutaban 10 obispos y 177 canónigos. Desde luego, la Iglesia sufría los embates gubernamentales que pedía préstamos y retardaba los pagos. Pero párrocos y frailes vivían en su mayoría en total

pobreza y se habían reducido a tan solo 3,500 individuos. Los mineros, víctimas de grandes pérdidas durante la guerra independentista, no lograron reponerse, por lo que vendieron o se vieron forzados asociarse con capitalistas extranjeros. Al ejército, por el contrario, lo favorecieron las luchas y las guerras que plagaron la república, por lo que llegó a tener demasiados oficiales pues ascendía con los pronunciamientos, además se beneficiaba con las contratas de vestuario, mulas y alimentos para el ejército. Los 75,000 hombres se redujeron a 30,000, sin duda insuficientes para vigilar un territorio tan grande. La tropa eran de leva, por lo que desertaba a la menor oportunidad, pues vivían en condiciones desastrosas.

La burocracia, víctima de la falta de presupuesto, veía los cambios de gobierno con la esperanza de que le pagaran sueldos atrasados. Algunos profesionistas prosperaron, en especial los abogados y algunos médicos, pero la mayor parte permaneció en las filas de la burocracia. El resto de la población, rancheros, peones, trabajadores de minas, obreros, artesanos, sirvientes, vendedores, aguadores, eloteros, léperos sobrevivió como pudo, acomodándose a las limitaciones impuestas por los tiempos.

En buena parte, la sociedad mantuvo los usos y costumbres virreinales, no sin que hubiera cambios, notables en los puertos y la capital, donde se asentaron muchos extranjeros. Una compañía de diligencias empezó a comunicar a la capital con las principales ciudades de provincia; el viaje tomaba siete días para ir a Veracruz, trece a Guadalajara y casi un mes a Santa Fe.

La convicción de que la educación era el camino al progreso, hizo que un grupo de notables fundara la Compañía Lancasteriana para extenderla mediante el sistema mutuo, en el cual, un maestro apoyado por los alumnos avanzados, enseñaba gran número de niños. Las familias ricas pagaron tutores o escuelas particulares de maestros renombrados; mientras las de recursos modestos recurrían a las “Amigas”, donde viudas o solteras enseñaban a cambio una cuota.

Las universidades de México y Guadalajara perdieron su brillo, pero los Seminarios secularizados se convirtieron en institutos científicos y literarios de los estados que prepararon a los profesionistas republicanos que irrumpirían a la vida política del país a mediados del siglo. El prestigioso Colegio de Minería decayó por falta de recursos, pero se fundaron otras instituciones como la Academia de Medicina en 1838, al tiempo que la Academia de San Juan de Letrán y el Ateneo Mexicano se convirtieron en vehículo de difusión, en la que contribuyeron publicaciones como los *Calendarios* y *Almanaques* que ofrecían cápsulas históricas y científicas. No obstante, las publicaciones de mayor éxito fueron los periódicos, folletos y hojas volantes de carácter político, leídos en barberías, pulquerías, cafés y plazas. Floreció la historia en las obras de Servando Teresa de Mier, Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora, Lorenzo de Zavala y Lucas Alamán y la literatura con novelas, dramas, ensayos y memorias de José Joaquín Fernández de Lizardi, el Pensador Mexicano, Fernando Calderón, Manuel Eduardo de Gorostiza, Guillermo

Prieto, Bernardo Couto e Ignacio Ramírez. Las artes plásticas tardaron en recuperarse. La Academia de San Carlos entró en decadencia, pero se recuperó en 1847 gracias a una lotería y al esfuerzo de los españoles Pelegrín Clavé y Manuel Vilar.

Deudas y bancarrota del gobierno

El país entró a la vida independiente descapitalizado y con una deuda de 45 millones y como se confiaba en recuperar el brillo virreinal, con la independencia se declaró la libertad de comercio y se rebajaron los impuestos, pero fue difícil reorganizar el cobro fiscal. Por otra parte la defensa del país aumentó los gastos para un gobierno nacional que contaba solo con los impuestos aduanales, lo que lo precisó a endeudarse con bancos británicos, imponer préstamos y después a depender de los préstamos de los usureros para pagar empleados y gastos del ejército. Como el país no pudo pagar los intereses de los préstamos ingleses, la deuda ascendió constantemente y el gobierno perdió crédito. Desde luego, los gobiernos también recurrieron a la Iglesia que en forma constante, por lo que tuvo que vender propiedades para poder hacerlo. La indemnización de 15 millones que otorgó el Tratado de Guadalupe, permitió al gobierno salir de algunos apremios, reorganizar las finanzas, ayudar a Yucatán que sufría la llamada “guerra de castas” y defender la frontera de los filibusteros.

Una economía estancada

La minería que atrajo a británicos y alemanes, tuvo una recuperación lenta por el atraso tecnológico y el alto precio del azogue. El Estado de Zacatecas que había mantenido su productividad durante la independencia, se convirtió en el estado estrella, ya que el gobernador Francisco García organizó una exitosa y moderna compañía que la explotó con presos e importó máquinas de vapor para el desagüe. Aunque los inversionistas se quejaron, legalmente salió un promedio de 15 millones anuales de plata y otro tanto de contrabando.

Muchos mexicanos soñaron en industrializar al país. Alamán y Esteban de Antuñano impulsaron la industria textil. Alamán durante su ministerio de Relaciones de 1830 a 1832, fundó el Banco de Avío, importó maquinaria textil, semillas de algodón y cabras y vicuñas finas. Antuñano estableció fábricas en Puebla y escribió constantemente para difundir conocimientos. Para mediados de siglo había una industria textil se había desarrollado, a pesar del alto precio del algodón y la competencia de inglesa.

La agricultura tardó en reponerse. El viejo paisaje de tierras cultivadas, con la pérdida de fuerza de trabajo por las luchas, fue sustituido por grandes extensiones abandonadas. Al principio de la vida nacional se hicieron intentos de reforma agraria en varios estados. En Zacatecas el gobierno compró haciendas para darle tierra a los que no la tenían. Las

grandes haciendas se repusieron muy lentamente y continuaron creciendo a costa de los pueblos. En los pueblos del sur del estado de México, hoy parte de Guerrero, que se levantaron en armas en forma constante por pérdida de tierras y demandas para contar con sus municipios.

La inseguridad de los caminos, las malas comunicaciones, el alto costo de la arriería y la falta de un banco y moneda flexible obstaculizaron al comercio. Antes de 1804 el dinero de la Capellanía de bienes del clero había servido de banco al prestar a comerciantes, hacendados y mineros con bajos intereses, pero el envío del capital a España, la dejó sin capital. Por otras partes, la monedas de plata y oro se prestaban para las grandes transacciones, por eso se cambiaron haciendas por minas o se pagaba con libranzas, especie de letras de cambio que hizo las veces de papel moneda. Para el comercio menor, a partir de 1829 se acuñó moneda de cobre, que al sufrir gran falsificación tuvo que ser retirada en 1841, con enormes pérdidas para la hacienda pública.

Los grandes proyectos para construir ferrocarriles, fracasaron y sólo se construyeron 18km. de vía férrea. Tampoco fructificó el sueño de dotar al país de una flota mercante y sólo se adquirieron unos cuantos barcos pequeños, casi todos yucatecos. Los grandes barcos eran todos extranjeros a excepción de dos de guerra, adquiridos en 1842 y rematados por Paredes en 1846 por una bicoca. A pesar de todo se abrieron rutas comerciales, especialmente hacia el norte. Santa Fe, Chihuahua y Texas iniciaron un rico comercio con Estados Unidos, que serviría a los norteamericanos para familiarizarse con el territorio.

El comercio de menudeo se prohibió a los extranjeros, pero franceses y españoles resistieron la medida. El comercio de mayoreo lo dominaron los británicos, en especial de textiles baratos, hilazas, instrumentos y maquinaria; los franceses importaban artículos de lujo. Los españoles no tardaron en recuperar el comercio de vinos y otros productos a los que se habían acostumbrado los mexicanos. El fuerte de las exportaciones mexicanas era de metales preciosos, pero tenían importancia el palo de tinte, el añil, la vainilla, la cochinilla y el henequén. No obstante, los vaivenes de una economía inestable, surgieron grandes fortunas.

